



0 Recomendación literaria

¿Qué leer? “María nadie” de Marta Brunet



Marcela Mercado,
gestora cultural



“**D**os palabras para calificarla: mala pájara. Y otras dos --que en su simpleza le había comunicado la Liduvina--, con las que la nombraba misiá Melecia, y por añadidura todos en el pueblo: María Nadie”, Marta Brunet

María Nadie es una novela escrita por Marta Brunet y publicada el año 1957 por la Editorial Zig Zag. Las obras de esta autora siempre se encuentran fuertemente influenciadas por un ambiente campesino, por la geografía nacional, lo que dota de un carácter criollista a sus textos literarios. Su presencia en la escena literaria es relevante, ya que su obra impulsó el surgimiento de nuevas temáticas como, por ejemplo, el asunto del trabajo femenino alienado que luego sería desarrollado por Mercedes Valdivieso en “La Brecha”.

La novela “María Nadie” se divide en dos partes, “El pueblo” y “La mujer”. En la primera parte nos encontramos con una voz que parte dándonos a

conocer los detalles geográficos y urbanos de un pueblo llamado “Colloco”: “Pueblo igual a todos los pueblos del sur, junto a un río, en un valle entre montañas, como de juguete, con casas de maderas pintadas de colores, encaperuzadas de tejuelas, condicionada por una excesiva geometría. Si, pueblo como de juguete para gentes felices”, dice la narradora.

Nos encontramos con personajes perfectamente diseñados, como Cacho, Conejo, Ernestina, Reinaldo, la Petaca, Don Lindor, Misiá Melecia, la Liduvina, cuyas conductas se trastornan con la llegada de “La Mujer”, María.

Reinaldo y Ernestina son un matrimonio marcado por la tradición del matrimonio arreglado, de esta relación nace Cacho, mejor amigo de Conejo, hijo, a su vez, de la Petaca y don Lindor, una emprendedora y un actor frustrado.

Conejo era un niño con problemas físicos, sobreprotegido por su madre y poco tomado en cuenta por su padre, que solía salir a la montaña con

Cacho a pasear, conversar y divertirse.

Misiá Melecia y Liduvina son hermanas, viudas y encargadas de la oficina de correos, quienes suelen saber todo de las vidas ajenas, poniendo oído o abriendo con gran destreza sellos y sobres.

La telefonista, una joven de cabellos rubios, muy llamativa para los hombres del pueblo, irritaba sólo con su presencia a Misiá Melecia, quien lo único que hacía era quejarse de sus actitudes; por su parte, Liduvina simpatizaba con la chica y Reinaldo sólo al verla llegar se sintió enamorado.

La muchacha, por su parte, sólo se dedicaba a trabajar, a cumplir con lo que debía y, con recurrencia, ir hacia la montaña donde conoció a Cacho y Conejo y formó parte de su grupo, compartiendo juegos y recibiendo de parte de los niños regalos de flores y frutos.

Sin embargo, la relación se tensa cuando un día llega Reinaldo a su casa y en la solapa de la chaqueta lleva puestas unas violetas silvestres, Cacho le pregunta de dónde las sacó y

él, confundido, le señala que se las habían regalado. Entonces el chico comienza a conjeturar que María era quién se las había dado. Conejo enferma de amor y la novela se desarrolla, a partir de este acontecimiento, de modo vertiginoso. En un evento teatral, María es enfrentada por el pueblo.

Así, se elabora un discurso argumentativo en que el personaje de María defiende su visión de vida, la que contrasta con los cánones de la sociedad en general, convertido en un pequeño espacio infernal. Hija de un funcionario fiscal mediocre y de una madre arribista y oportunista, hermana de cuatro niños mimados, María López se negaba a imitar el estilo de vida aprendido de los padres. Gustaba de soñar, de leer y escuchar música. Trabajar para no adquirir grandes lujos, sino darse pequeños gustos: caminar y ahorrarse el dinero de la locomoción; no peinarse, evitar justificar a la familia y sólo estimarlos. Negarse en definitiva a la vida impuesta por lo social, lo aceptado como, por ejemplo, el trabajo, esa terrible

labor mecánica de tener que memorizar números, traspasar llamados, recados. “Tal vez para innumerables María Nadie la vida signifique una aceptación, un estirar la mano y recibir lo que en la palma vaya depositando el destino. Yo no acepté eso primordial que es la familia. Creí que la independencia me daría el derecho a elegir el grupo humano que me rodearía. Tendría amigas, amigos. Puede que tuviera un amor”, señala la protagonista. Su discurso frente al pueblo, nos recuerda en mucho el discurso de la Pastora Marcela de El Quijote.

Marta Brunet fue una escritora y diplomática, nacida en Chillán en agosto de 1897 y sus primeros años de vida transcurrieron en Victoria, en la región de La Araucanía. A los trece años tuvo la posibilidad de viajar a Europa y otros países de América. De vuelta a Chile, el año 1919 comienza su carrera de literatura y periodista publicando en el diario “La Discusión” de Chillán. Perteneciente a la Generación del 27, su primera novela “Montaña Aden-

tro” es un texto donde devela la vida de las clases sociales campesinas, representando en ella las costumbres propias del campo chileno, acarreado el disgusto de la clase burguesa chillaneja. Gabriela Mistral escribió de ella en París el año 1929: “En la lectura de Marta no se ve nunca mano conocida de maestro que aúpe y auxilie. Ella viene sencillamente de su genio de observación, una observación que no es mirada sino casi chupadura del motivo. Así lo absorbe de entero y así lo entrega de cabalmente. Si ella ha hecho recordar a Gorki y a Istrati no es por la manera o por el giro del relato ni por la forma de cogida -si se permite el sustantivo taurino- del asunto; es por la creación asombrosa de los personajes. Don Florisondo tiene para mí, modo de andar y hasta carraspeo; a María Rosa yo la veo, sin un quebrantamiento, a través de su aventura sana, y un poco feroz, caminar en el paisaje chileno”.

El año 1961 fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura. Falleció el año 1987 en Uruguay. ☪